

— « ¿Los habré acusado por ventura, amada Marta? No era esa la intencion de quien tan tiernamente los ama. ¡O vosotros todos á quienes yo he amado, perdonadme mis culpas, así las que conozco como las que ignoro! ¡Cuan cruel es este momento! Mi alma está llena de tristeza.

— « Aleja de tí, querida hermana, esos pensamientos que enturbian tu vida poco há tan risueña y tan bella.

— « No olvides, Marta, que durante mi peregrinacion desde la cuna al sepulcro, he sufrido mucho... Tambien he disfrutado de alegrías puras é inocentes, como las de los ángeles, porque he tenido amigos fieles; he visto á Jesus en la tierra, y le he oido predicar su divina moral... Gracias te doy, ¡ó Dios mio! así por los males con que me has afligido como por los consuelos que en ellos me has enviado... Ve, ve, mi amada Marta, ve á preparar mi tumba, la misma que para Lázaro se abrió: en ella quiero dormir.

— « Dormir, hermana mia, para despertarte como nuestro hermano, cuando te llame el divino profeta que á él le resucitó.

— « Sosténgate siempre esa esperanza, ¡ó Marta bienaventurada! y ahora marcha á ocuparte en mi sepulcro: quiero estar sola con Dios. Sentada á los pies del divino maestro, le oí decir: *En verdad una sola cosa es necesaria*; y ahora como entonces:

quiero *escoger la mejor parte*. Estar sola con Dios es lo que ahora necesito.

— « ¿Y he de abandonarte en tu agonía? No, hermana mia, no. »

Vencida por los ruegos de Marta, consintióle María que se quedase cerca de ella, y sus labios que ya las violetas de la muerte comenzaban á teñir con sus pálidos matices, murmuraron estas piadosas palabras:

« No me tomes cuenta, Dios de mis padres. Si sólo fueras justo, ¿qué peregrino de la tierra pudiera soportar tus sentencias? Haga tu misericordia que un rayo de esperanza penetre en mi corazon destrozado... No me apartes de tí, Dios mio, tú que accediste á los votos del desdichado Job, cuando, asaltándole en medio de su miseria el temor y la duda, te pidió por única gracia que le devolvieses la esperanza y la fe. »

Y dirigiéndose á su hermana, le preguntó con inquietud:

« ¿Crees tú que ore Jesus por mí en este instante?... ¡Ay! con nosotros lloraba cuando, llenos de afliccion, íbamos á enterrar á nuestro hermano. Sí, me atrevo á esperarlo, tambien tendrá para mí un pensamiento de misericordia... Habla, Marta; ¿piensas que sin él sea posible encontrar gracia ante el Eterno que dijo en otro tiempo á Moisés:

*Maldito el que no permanece en las palabras de mi ley, y no las cumple con la obra '?*

— « Si Nataniel y Lázaro estuvieran aquí podrían responderte : yo solo puedo decirte : Jesús ora por tí, pobre abandonada.

— « ¡Oh! entonces no estoy abandonada, querida Marta... Sí, lo conozco: con su divina protección me cubre el mayor de los profetas. »

Dijo, y cayó en profundo sueño. Marta, temiendo turbar su reposo, ahoga en el pecho los suspiros, pero corren abundantes sus lágrimas, y sus ojos siguen inquietos todos los movimientos del rostro de su hermana en el cual se refleja el moribundo resplandor de la nocturna lámpara, compañera de sus vigias, que ya ha largo tiempo son continuas y prolongadas.

El piadoso caminante que, lejos de huir de las imágenes de la muerte, las acoge como dulce consuelo, se cree feliz cuando, en medio de los desiertos que atraviesa, encuentra alguna caverna sepulcral. Penetra en ella con santo respeto, y cuando, inmediata al monumento que eterniza la memoria de alguno de los bienhechores de la humanidad, ve la estatua de un amigo que llora la pérdida de aquel, conoce que el último es el mas desdichado; mas por entrambos ora. Así el ángel de

<sup>1</sup> Deuteronomio, cap. XXVII. — T. F.

María que vela á la cabecera de su lecho de muerte comprende y compadece el dolor de Marta, sin embargo de que ella ni verle ni oírle puede.

Son harto débiles los ojos mortales para contemplar el resplandor y magnificencia de los ángeles, y sin embargo aquel resplandor y magnificencia son pálidas sombras ante el Omnipotente. Divino Salvador de los hombres, dignate acoger mis votos, y haz que mueran todas las innumerables criaturas que has redimido como mueren los justos.

El ángel custodio de María siente que su celestial belleza se oscurece bajo el negro velo de la melancolía al contemplar á la moribunda hermana de Marta. Los suaves matices de su rostro, los brillantes rayos de sus ojos se debilitan y desaparecen; y plegándose sus alas, dejan de esparcir en los aires aquellos suaves perfumes, aquellas misteriosas armonías que anuncian la presencia de algun habitante de los cielos, y que los hijos de la tierra confunden con demasiada frecuencia con las olorosas emanaciones de las flores y con el aliento cariñoso de la brisa de la primavera.

Despoja el serafín su frente de la guirnalda de laurel y perpetuas que la ceñían. María padece tanto mas, cuanto que solo podrá desahogar sus penas, cuando su hermano, Nataniel y Tadeo vengán á orar y á llorar con ella. Entre tanto Lázaro,

que continuaba en la asamblea de los fieles, habla de esta manera á la madre de Jesus :

» La media noche se acerca, y es preciso que te deje, desdichada María... He dejado moribunda á mi hermana, y temo que durante mi ausencia haya sabido la funesta calamidad que desde la cima del Gólgota ha caido sobre Jerusalem. Si sobrevive á tanta desdicha, servirále de consuelo ver antes de cerrar los ojos para siempre á la luz á un discípulo del amado maestro que la ha precedido al sepulcro. »

Tadeo, levantándose inmediatamente, dice :

« Heme aquí, Lázaro; llévame á ver á tu hermana. »

Nataniel, arrojándose en los brazos del apostol, le manifiesta su gratitud con toda la efusion de su alma ; y Lázaro antes de salir se dirige de nuevo á la afligida Virgen :

« Piensa, ¡ó madre de aquel á quien los ángeles saludaron al nacer, y cuyo nombre no puedes ahora oír pronunciar sin que tus ojos derramen lágrimas de sangre! piensa que tus tormentos fueron de antemano calculados por el Señor de los cielos, cuando condenó á tu hijo á morir en la cruz ; y recuerda que ese dijo antes de espirar : *¡ En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!...* Entrégale pues tambien tu alma, pero vive, y que Dios sea contigo. »

Dijo, y salió de la cabaña caminando rápidamente hácia Betania <sup>1</sup>, asido de la mano de Tadeo y siguiendo Nataniel á entrambos silenciosamente.

Llegados que fueron á la casa de Lázaro, se acercaron al lecho de la moribunda quien, viendo al despertarse de su penoso létargo á los amigos que creyó la abandonaban, se incorporó y dijo con intensa alegría :

« Gracias te doy, ¡ó Dios mio! han venido al fin y con ellos Tadeo.

— « ¡Pobre María! dijo Lázaro, ¿ se digna el Dios que es árbitro de la vida y de la muerte, sostener-te en medio de tus angustias?

— « ¡ Oh sí! hermano mio ; porque el Señor es infinitamente misericordioso, aun cuando nos llena de dolores... ¡ Ay! cruelmente he padecido... Ahora puedo morir... ya no tengo mas que una palabra que decirte. ¿ Adonde está Jesus? ¿ Sabe lo que padezco? ¿ Ha orado por mí? »

Lázaro, mirándola con melancólica tristeza, preguntó :

« Habla, María, ¿ qué pensamientos te ocupan en este instante?

— « ¿ Quieres leer en mi alma? Sábelo pues, hermano mio ; no son las crueles imágenes de la destruccion, no la idea aun mas cruel de separar-

<sup>1</sup> Lázaro y sus hermanas habitaban en una aldea de Betania.—T.F.

me de vosotros á quienes tanto he amado, las que me asustan y atormentan; no, la duda es la que destroza mi corazón... ¿En donde está mi Dios?... ¿Es realmente á él al que he adorado hasta aquí? ¿es aquel que enterró á su profeta en las entrañas del Nebo?... ¿Qué es lo que por tí pasó, hermano mio, cuando te dormistes en el sueño de la muerte, al escuchar la voz tonante de aquel Dios, diciendo: *Maldito el que no permanece en las palabras de mi ley, y no las cumple en la obra*? Pero si Jesús ha intervenido en favor mio, entonces bajaré en brazos de la esperanza al valle de las eternas sombras... Hablad, ¿ha orado por mí el mas justo de los hombres?»

Guardaron todos profundo silencio, y la moribunda desesperada prosiguió diciendo:

« ¡Me ha olvidado!..., ¡Dios vengador! heme aquí! Atraviese mi alma tu cuchilla, y hágase tu voluntad. »

Lázaro, levantando las manos al cielo, le dirige esta oración:

« Tú tienes compasión de nosotros, como la mu-

\* Klopstock ha creado esta escena para mostrar la diferencia que existe entre la ley de Moisés que toda es amenazas y castigos, y la de Cristo llena de amor y de esperanza. Mientras la hermana de Lázaro es judía atormentan su agonía las mas crueles angustias; mas apenas su hermano levanta en parte el velo que aun oculta la nueva ley, la moribunda, hecha cristiana sin saberlo, cesa de padecer, y su alma vuela al empireo sin esfuerzos y sin dolor. — T. F.

ger del niño que alimentó con sus pechos; y cuando aquella es inexorable, tú no, que eres todo amor y misericordia, que eres el Eterno, y nos has marcado con el sello de tu divina mano. »

María, haciendo un esfuerzo penoso, pregunta con trémula voz:

« ¿Qué debo esperar?... ¿El anatema del monte Sinaí ó el amor de una madre?... Si fuera el amor... ¡Oh! entonces mi alma se lanzaría confiadamente en el seno de Dios cuya misericordia es mayor que la de una madre. ¿Y quien me dirá si hallé gracia ante el Señor?... ¿Habrá aplacado el rigor de mi Juez con sus oraciones el mas justo de los hombres?... Gimo y desesperadamente retuerzo mis brazos llamando á mi Salvador... ¿Donde está?... ¿Tengo en efecto un Salvador?... »

Incapaz de soportar mas tiempo el aspecto de las angustias de la moribunda, esclama Nataniel:

« ¡Dios de misericordia, abre al fin tus oídos á sus lastimeras quejas: dignate hacer que adivine tu celestial presencia! »

Y Lázaro añade:

« Ten paciencia y valor, hermana mia... ¡Ah! si supieras qué ejemplo de paciencia y de valor sublime hemos presenciado en este solemne día... Yo que soy un resucitado, quisiera sin embargo dormir contigo, y si ahora me llamase la terri-

ble voz de la muerte, pareceríame mas dulce que los solemnes cantos del templo: »

Centellean los ojos de María, y mirando en torno de sí con gozosa sorpresa, esclama :

« ¿Qué alegría, que desconocida zozobra me inundan súbitamente? Hermano mio, ¿que es lo que acabas de decirme? »

Lázaro dice á sus amigos :

« Nunca debemos ocultar los decretos de la Providencia por mas terribles que sean : voy á decirselo todo á mi hermana... María, prosiguió, el mejor de los hombres, nuestro divino amigo, Jesus Nazareno, esperanza de los pecadores, ha muerto en la cruz con toda la resignacion de un angel. »

Dejóse caer la moribunda sobre el lecho, y prorumpió en estas interrumpidas frases :

« ¡Ha muerto! ¡ha muerto en la cruz!... ¡Él, nuestro divino maestro!... ¡Y vosotros, ángeles, le habeis dejado morir!... Pues que así lo has ordenado tú, Dios mio, te doy gracias por esta cruel agonía... voy á seguir gozosa á tu amado hijo. »

Helóse su lengua; mortal palidez cubrió su rostro, y Lázaro, apoyando su trémula mano en la frente de su hermana, la inició en los misterios de la muerte por medio de esta solemne oracion :

« Pronto, sí, muy pronto te dormirás en la paz del Señor, ¡ó piadosa amiga del divino muerto! para renacer en la vida y en la luz eternas!..

Unida está mi alma á la tuya, y regocijame sin embargo ver que tu espíritu rompa los terrenos lazos, y se encamine á la tierra de promision... Sé tú su báculo, ¡ó Salvador de Israel! en su peregrinacion por los desiertos de la muerte; condúcela á la bienaventurada region donde no hay lágrimas, ni gemidos, ni gritos de dolor... Sol de la tierra, cesa de lucir para ella; último de los sueños, acaríciala blandamente; lecho sepulcral, prepárate á mecer muellemente sus inanimados restos; destruccion, que tienes de bronce la frente y de hierro los brazos, recíbela en tu seno devorador. Preciso es que fermente la semilla de la eternidad antes de producir las ricas espigas que han de segarse en el dia de la universal cosecha, en el dia en que á todos nos llame la trompa, en el dia en que el Creador someta á la tierra y á sus mares á un trabajo de reproduccion mas doloroso, pero tambien mas perfecto que aquel que de la nada sacó al paraiso terrenal; en el dia en que los cielos reunidos canten la magnificencia de la creacion terminada. »

Calló Lázaro, y sonrióse María dulcemente.

El angel custodio de la moribunda se estremeció de alegría; murmuraron sus alas en el aire como el embalsamado ambiente de la brisa de la mañana, y sus manos, trémulas de gozo, se deslizaron blandamente por las brillantes cuerdas de su arpa.

Hiriendo aquella celestial armonía los oídos de la hermana de Lázaro, alzó los ojos al cielo, y escuchó en santo éstasis.

Nataniel y su hermano la sostienen. Canta el serafín, y el alma de María, perdido ya el amor á la tierra, encontró por fin aquella perfecta tranquilidad que de ninguna criatura humana será conocida mientras dure su destierro en este valle, aun cuando como Lázaro haya oído cantar himnos de muerte en torno de su propio féretro, aun cuando como aquel también haya sentido á la fragil tabla estremecerse bajo el peso de los primeros terrones destinados á ocultarle para siempre á las miradas de los vivos.

Los armónicos acentos del arpa celestial aumentan progresivamente su solemnidad, y sostenido el ángel por la poderosa inspiración, ante la cual se deshacen las montañas y se abisman los orbes, dejó en fin salir de sus labios estas palabras :

« Santo, y tres veces santo, es aquel que no quiso atajar en el Gólgota la fuente de su sangre hasta que todos los pecados del mundo fueran por ella redimidos. »

Demasiado débil ya para soportar el enagenamiento, que en ella produce la voz del serafín, sepárase el alma de María del polvo que hasta allí la esclavizó.

Lázaro se postra al lado del cadáver, estrechan las suyas las heladas manos de su hermana, y enjugando las lágrimas que á su pesar se deslizan por sus mejillas, pronuncia con firmeza esta ardiente oración :

« Gloria á tí, Señor, que, habiéndola arrojado á esta vida de pruebas, te dignaste por fin llamarla á otra mejor en su patria celestial. Amada hermana, salvóse tu alma, y no perecerá tu cuerpo, no : en el último día de los tiempos y primero de la eterna primavera, recobrará la flor desojada por la tempestad su primitiva belleza. Llevaos ese cuerpo formado de santo polvo á que se confunda con el polvo de la tierra. Mas no, que quiero contemplar todavía á mi piadosa hermana ; si el rayo de la muerte la aletargó, despertará el sonido de la celestial trompeta. Acumularánse siglos sobre siglos, desarrollando los gérmenes de otros siglos, que á su vez pasarán también antes que se oiga el metal sonoro. Todo es prodigioso en la marcha del Eterno ; cuanto mas procura seguirle mi pensamiento, mas se pierde en los abismos.... Un solo rayo de luz pálido, pero consolador, anuncia que á la noche sucederá el día... Para tí, amada hermana, ya lució el alba matutina con todo el brillo de su resplandor... Si aun puedes oírme, escúchame cuando imploro la misericordia de nuestro divino maestro, que bajó al sepulcro antes que

tú, suplicándole que te bendiga como yo te bendigo.»

Oyó el Salvador esta súplica, y bendijo á la hermana de Lázaro, cuyo espíritu, en tanto que á la resurreccion se prepara su cuerpo agitado ya por el aliento divino, mira con celestial satisfaccion á aquel su helado despojo, comprendiendo que para siempre se libertó de los males de la tierra. A medida que se eleva en las etereas regiones aquella alma tan pura y bella, purificanse sus sensaciones, y convirtiéndose su pensamiento en un himno de gozo, y de gratitud, dirige á la muerte su primer canto de gracias.

« ¡ Oh tú, que tan terrible pareces sobre la tierra! ¿ Qué eres en resumen? Breve sueño, misterioso tránsito: á las inefables delicias del cielo, delicias que yo poseo... Primogénitos de la luz, seráfines sublimes, decidme que mi éstasis no es una vision engañosa sino una verdad eterna. Ven, olvido de lo pasado, á colmar mi felicidad. Más ¿ qué digo? Nada quiero olvidar, el recuerdo de las penas de la tierra comparadas con las bienaventuranzas del cielo aumenta mi dicha... faltaos ese manantial de felicidad, á vosotros, eternos hijos del Señor de los cielos; como nunca habeis pecado, no podeis comparar los goces del justo, con los tormentos del pecador... Vosotros no conoceis las amargas lágrimas que sobre la tierra ha derramado el Dios de

amor y de misericordia. Mas de una vez me anunciaste, ó profético presentimiento, que un dia daria gracias al Eterno por los males que acumuló sobre mi cabeza: no me engañaste. ¡ Todos mis dias llevaron en pos de sí sombrías noches, y en fin vino la mas sombría de todas, la de la muerte! Pasó dando lugar á la mañana de la eterna vida... ¡ En sueño que comenzaste con las lágrimas de la cuna para concluir en el último suspiro de la agonía, has pasado y desperté yo en la vida eterna! Cuando empiece la inmortalidad para el polvo, segunda vez me despertaré! Sí, todos resucitaremos como resucitará el Salvador del mundo que murió en la cruz: »

Y radiante como la aurora de la mañana ligera como un vapor, rápida como el viento cada vez se levanta María á mayor altura en las regiones de lo infinito, oyendo mas distintamente, á medida que mas se aproxima al trono del Eterno, el crujir de los orbes, en su marcha, y la voz de los ángeles que cantan en los cielos.

Lleno de graves y solemnes pensamientos regresa Lázaro á la morada de Juan, donde los amigos de Cristo prosiguen gimiendo y orando postrados en torno de la corona de espinas, por María cubierta con fúnebre velo. Mas en el momento en que Lázaro iba á entrar en el sitio de la reunion llega uno de los *setenta*, ásele del brazo, entra con él,

examina con centellantes ojos á las fieles y dice con piadosa exaltacion :

« ¡ Sabed en fin cuan prodigiosas son las miras de la Providencia!... Lo que voy á referiros no lo he oido decir, no, que con ojos lo he visto. ¡ Ya el Eterno recompensa á su Profeta! ¿ Porqué está esa corona cubierta con un negro velo? Arrojadlo, quiero ver la sangre en que estan teñidas las espigas, sangre que debe ya brillar con sobrenatural resplandor, porque Dios ha hecho por ÉL lo que tú, su Madre, no te hubieras atrevido á solicitar... levanta la cabeza, ó María, sal del abismo en que el dolor te ha sumido y escúchame. Cuando espiró tu hijo tembló la tierra, y tú gemiste con ella; sombría noche desplegó sus negras alas sobre el universo, y tú participaste del terror que en nuestras almas infundieron las tinieblas. Mayores prodigios acaban de dar testimonio en favor de tu hijo. Bajo el pórtico del templo se ha encendido espontáneamente la llama del sacrificio, y los sacerdotes, que asombrados por la noche sobrenatural, que sobre Jerusalem pesaba, habian ido á refugiarse al pié de los altares, al volver sus ojos al Santuario han visto al velo que oculta á los ojos de los profanos el sagrado misterioso recinto, rasgarse desde la bóveda al marmóreo pavimento del templo. Llenos de terror dieron con la faz en tierra y huyeron despues pálidos y desordenado el cabello co-

mo sepulcrales fantasmas. Ya veis que el Eterno no se ha limitado á conmover las entrañas de la tierra y á cubrir la tierra de tinieblas : para santificar la muerte de su elegido ha rasgado el velo de su santuario. »

Callaron los fieles porque, en el exceso de su dolor, mas les sorprende que les consuela la maravillosa relacion que acaban de oir. Así el caminante que siente que un vértigo se apodera de su cabeza cuando baja por el rápido declive de un peñasco, no puede apreciar la belleza y encanto del delicioso valle hácia el cual camina sin saberlo.

Lázaro viendo con sentimiento que la desesperacion domina aun á sus amigos dice :

« ¡ Ay de mí ! Pues que los brillantes testimonios que el Eterno da en favor del divino muerto, no alcanzan á consolaros, tal vez alivie en algo vuestros males saber que una de vuestras amigas ha cesado de padecer... Sí, mi amada hermana, aquella á quien todos amabais, la joven doncella que ansiosa escuchaba las lecciones de Jesus, ha ido á reunirse con su celestial maestro. ¡ Ojalá sea para vosotros la idea de que ella al menos ya no padece en este valle de miserias, como la fresca sombra contra el calor del dia, como un apoyo contra la violencia de la tempestad ! »

Levantóse apresuradamente Magdalena y fijando



sus ojos llenos de lágrimas en el pálido rostro de Lázaro, exclamó :

« ¡ Parece que tus palabras son del mundo de los ángeles!... ¿ Tu hermana, tu piadosa hermana ha ido á reunirse con Jesus?... ¿ No tienes ya mas palabras que decirnos, de esas que parecen del mundo de los ángeles? ¿ Antes de subir á los cielos no te ha dicho si la seguiriamos pronto? Y tú, Lázaro, que ya bajaste entre los muertos, ¿ no pudiste saber en su lúgubre morada, si los amigos de Jesus seguirán pronto á su maestro? Habla ¿ nos es lícito esperar que nos llame pronto á sí?... ¿ No respondes!... ¡ Madre del hombre divino, pues que es preciso que le sobrevivamos, roguemos al Eterno que nos haga presenciar los castigos que prepara á los asesinos del ungido. ¡ Que á nuestra vista los atormente el ferreo brazo del terror infernal, y que estemos presentes cuando les haga apurar hasta las heces el caliz de la mas terrible de las venganzas! »

Mientras que así se abandonan los fieles á su dolor siembra la *media noche* sobre la tierra su vago terror y negras visiones. Poco há oraba el Mesías con los suyos durante aquella hora misteriosa, y entonces les parecia bella y brillante como una mañana de primavera : ahora que la voz de su divino amigo no resuena en sus oidos, y que vacío se halla el asiento que ocupaba, hiela sus corazones la

desesperacion. No han menester ya los seráfines, que á la piadosa reunion asisten, velarse para estar invisibles, pues tanto les conmueve el dolor de los fieles, que su celestial resplandor se ha oscurecido.

Selith, angel custodio de María, se inclina hácia Salem, protector de Juan, y en language solo para ellos intelijible le dice :

« Caminan estos piadosos amigos del Mesías á un fin sublime : sabémoslo nosotros y casi tanto como ellos padecemos.

« No, hermano mio, no podemos padecer lo que ellos, y si iluminándoles súbitamente con un rayo celestial nos fuera lícito mostrarles el porvenir que los espera, creerian que era una bella ilusion. En el sombrío laberinto donde sin guia y sin esperanza caminan, solo el dolor les parece verdadero y posible. »

Y Salem responde :

« Un vértigo se apodera de mi espíritu contemplando los abismos que rodean su camino.

« Y yo, hermano mio, hallo inefable felicidad en sondear esos abismos del pensamiento... La compasion te alucina, padeces en este momento como los mortales, y como ellos tambien olvidas que la justicia suprema purifica á sus hijos por medio del dolor. No pudieran los hombres apagar su sed con nosotros en las aguas de la vida eterna, cuando

llegue el día del juicio universal, si primero no bebiesen en el caliz amargo y abrasador de la vida de luchas y de pruebas.

« Perdona, caro Selith, si las angustias de una madre me han hecho olvidar por un instante de mi divina naturaleza; recuerda que esa madre es la del Mesías y que ha visto espirar á su hijo en la cruz. Si un sueño bienhechor pudiera cerrar sus párpados yo fortaleceria su alma con alguna vision consoladora; mas ¡ay de mí! no le será dado reposar: preciso es que vele y que padezca hasta que la muerte le dé sus divinos consuelos! »

Huye el sueño de la madre de Jesus y tiende su diáfano velo sobre los ojos de Juan; Salem le cubre con sus alas, y el corazon del Apostol se abre á las proféticas visiones. Parecele que camina ó mas bien que vuela sobre la cima del monte Líbano. En medio del misterioso rumor de los cedros, la mas bella de todas las auroras que hasta entonces vió, tiende su magnífico manto de púrpura, guarnecido de oro, sobre los floridos bosques, y el murmullo de los cielos, semejante al son del salterio de los profetas, hace vibrar el aire cargado de suaves perfumes; y los acentos de un arpa melodiosa acompañan á estas palabras que una voz celestial hace resonar en sus oidos:

« El hijo divino de la mas tierna de las madres

enjugará las lágrimas que por él derraman sus piadosos amigos. »

A pesar del encanto que le fascina conoce el discípulo que no es llegado aun el día de los consuelos; y suspira y gime en medio de las delicias de la vision que va haciéndole penetrar en la espesura del Líbano. Súbito distingue á unos hombres feroces que derriban al mas bello de los cedros. El arbol cae, el monte se estremece, repiten los ecos el estrépito de su caída, y corta el hacha sacrílega el regio tronco dándole la forma de una cruz. Ya se levanta esa cruz proyectando en torno gigantescas y terribles sombras, mas casi en el mismo instante se cubre de floridas palmas; y entonces es arrebatado el discípulo desde los bosques del Líbano á las florestas del Paraiso; ábrense los cielos sobre su cabeza, oye los cantos de los celestiales coros, palpita apresurado su corazon, y abismase su existencia en un piélago de ignorada felicidad.